

Europa como «comunidad mnémica»: El recuerdo del Holocausto entre memorias cosmopolitas y multidireccionales

Europe as a «Mnemonic Community»: Remembering the Holocaust among Cosmopolitan and Multidirectional Memories

Rafael Pérez Baquero

Universidad de Murcia, España

rafaelperbaq@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-4942-6427>

Recibido: 10/03/2020

Aceptado: 02/09/2020

Cómo citar este artículo: PÉREZ BAQUERO, Rafael (2021). Europa como «comunidad mnémica»: El recuerdo del Holocausto entre memorias cosmopolitas y multidireccionales. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (23), pp. 384-406, <https://doi.org/10.14198/PASADO2021.23.16>

Resumen

El objetivo del presente estudio es ofrecer una reflexión sobre las dificultades inherentes a la construcción de marcos rememorativos, a nivel europeo, que integren las memorias heterogéneas de los diferentes estados. La particularidad de esta lectura radica en el recurso a categorías contemporáneas de los «estudios de memoria» para abordar tal desafío. En primer lugar, elaboramos los rasgos de la «memoria cosmopolita», desarrollada por Daniel Levy y Natan Sznaider. Tras presentar sus bases teóricas, recurrimos a ensayos críticos contemporáneos, para reflejar algunas de las limitaciones de las que dicha categoría adolece. Frente a aquellas, desarrollamos en qué medida la «memoria multidireccional» de Michael Rothberg supera dichos déficits y ofrece una matriz teórica para pensar y representar la construcción de una memoria transnacional europea.

©2021 Rafael Pérez Baquero



Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

Palabras clave: Holocausto; Memoria; Víctimas; Europa; Memoria cosmopolita; Memoria multidireccional.

Abstract

This paper aims at considering the difficulties involved in the construction of European mnemonic frames which integrate the different European states' heterogeneous memories. The interest of this interpretation lies on the fact that it resorts to contemporary «memory studies» categories with a view to dealing with the challenge. Firstly, Daniel Levy's and Natan Sznajder's notion of «cosmopolitan memory» is delved further. After presenting their theoretical principles, we apply to contemporary critical essays to show some of the weaknesses of this category. Bearing those deficits in mind, we inquire further into to what extent Michael Rothberg's «multidirectional memory» overcomes such difficulties and offers a theoretical framework for depicting and underpinning the construction of a transnational European memory.

Keywords: Holocaust; Memory; Victims; Europe; Cosmopolitan Memory; Multidirectional Memory.

Introducción: Europa, Memoria y Holocausto

El proyecto de construcción de la Unión Europea surgió de las ruinas de la Segunda Guerra Mundial, durante la segunda mitad del siglo XX. Los primeros conatos de coordinación entre los países pioneros en su fundación estaban motivados por la memoria reciente de las secuelas del conflicto. Tal y como mantiene Klas-Göran Karlsson (2010), la construcción de la UE ha requerido de varios procesos de integración en tres niveles diferentes: el primero económico, el segundo político y el tercero cultural-simbólico. Este último se sostiene sobre el imperativo transnacional de coadyuvar a evitar la repetición de aquellos acontecimientos, así de como las formas colectivas de rememoración de los mismos que sedimentaron las bases desde las cuales se construyó el marco común europeo. Se trata, en este caso, de una memoria del «breve siglo XX» (Hobsbawm, 2011), relativamente compartida por varias naciones europeas, y focalizada en la historia del sufrimiento de sus víctimas. Diferentes historiadores y críticos de la cultura han hecho énfasis en esta misma idea. El crítico Andreas Huyssen (2001) localiza en la cultura europea de la segunda mitad del siglo XX patrones convergentes a partir de una obsesión por el pasado inmediato. Sharon Macdonald (2013), por su parte, estudia las formas contemporáneas de identidad en Europa como «memorylands» –tierras de memoria. El historiador americano Tony Judt, haciéndose eco del rol que el recuerdo y el sufrimiento juegan en las políticas del pasado, define en el epílogo

de su *Postguerra* a la memoria moderna europea como «la casa de los muertos» (Judt, 2016: 803-831).

No obstante, las referencias a una ola de memoria transnacional y a patrones comunes en las formas de rememoración de los países europeos no deben hacernos soslayar las divergencias y heterogeneidades entre aquellos; diferencias que amenazan la viabilidad de una memoria transnacional europea. El propio Judt argumenta que la memoria inmediata de este conflicto bélico fue construida sobre mitos y tergiversaciones que, a través de procesos heterogéneos de victimización, exoneraban a las diferentes naciones europeas de su responsabilidad ante los crímenes cometidos. Pese a ello, con el paso de las décadas, las memorias transnacionales europeas se han articulado simbólicamente en torno al horizonte común que ofrece la «idea de Europa» (Judt, 2009: 183). Es precisamente del éxito de esta empresa del que depende la integración política, simbólica y cultural de sus estados miembros. La matriz simbólica de la UE –y la consiguiente construcción de un sentido transnacional de pertenencia a la misma– depende del desarrollo de una memoria del pasado cercano común, capaz de trascender las contradicciones y asimetrías en las políticas locales del pasado, con el fin de que cada uno de los estados miembros se sienta reconocido en esa narrativa transnacional. «Una “conciencia histórica europea” ha sido concebida normativamente como un modo de narración histórica capaz de evitar las dimensiones nacionalistas problemáticas de cada historia nacional» (Macdonald, 2013: 40)¹. No obstante, el principal desafío a dicho proyecto radica en la particularidad de las experiencias de violencia en base a la cual esta memoria transnacional se ha cementado. Así como en la naturaleza de las víctimas de la misma. Al fin y al cabo, tal y como ha defendido el historiador Javier Rodrigo «es la categoría de víctima una categoría dotada de universalidad pero no universal, abiertamente selectiva y que comparte los lugares comunes y las sombras transnacionales de los procesos de rememoración colectiva» (Rodrigo, 2017: 149). En este sentido, debemos partir de una constatación ampliamente estudiada por multitud de estudios históricos y culturales: los contenidos de una memoria común europea han ido modificándose con el paso del tiempo y desde los años ochenta y noventa han girado en torno a las formas sociales de rememoración de la experiencia del Holocausto. Hasta el punto de que el proceso de universalización de la memoria de la Shoah ha sido paralelo a la elaboración de una memoria pan-europea. Mediante un proceso simbólico que ha durado décadas, la Shoah se convirtió en un elemento paradigmático de la memoria europea. Ya que ofrecía a sus miembros los lazos

1. La traducción de este texto, así como del resto de obras en inglés, es mía.

de una historia común y de un compromiso ético de cara al futuro (Diner, 2006). La potencialidad de la Shoah para servir de marco mnémico europeo ha dependido de cómo el sufrimiento judío se ha modulado simbólicamente hasta convertirse en el cristal a través del cual se representa la historia de dolor de otras víctimas en Europa. Tal y como defiende el historiador italiano Enzo Traverso (2018: 15), el siglo XX ha sido definido retrospectivamente como el siglo de Auschwitz. Hasta el punto de que, como mantiene Rubin Suleiman (2012: 3), si la Segunda Guerra Mundial se ha convertido en el evento protagonista en la memoria europea del siglo XX, ello se debe a que el Holocausto fue parte de aquella. La Shoah, en definitiva, se ha convertido en la memoria o el mito fundacional de Occidente. «Mientras Europa se prepara para dejar atrás la Segunda Guerra Mundial [...] la memoria recuperada de los judíos europeos muertos se ha convertido en la propia definición y garantía de la restaurada humanidad del continente» (Judt, 2006: 804). Pese a ello, el proceso de universalización de esta memoria para integrar historias alternativas de victimización no está exento de las dificultades, desafíos y ambivalencias derivadas de los heterogéneos recuerdos de los países miembros de la UE. Al fin y al cabo, la conversión del Holocausto en vara de medir esconde asimetrías en el reconocimiento de otras víctimas que pueden lastrar su potencialidad como matriz de una memoria transnacional europea. El principal desafío, en este sentido, lo constituye la memoria del gulag soviético que, desde la caída de la URSS, se ha extendido por los países anteriormente pertenecientes al pacto de Varsovia. Como reconocen Daniel Levy y Natan Sznajder –dos de los mayores defensores de la potencialidad transnacional de la memoria del Holocausto– en algunos países del Este de Europa se ha experimentado una creciente desidentificación con las formas colectiva de rememoración en Europa occidental. Precisamente por soslayar el recuerdo del Gulag a favor del rol central de la Shoah. Estas divergencias se aprecian especialmente en el debate en torno a la potencial comparación entre ambos crímenes. Al fin y al cabo, considerar al Holocausto como paradigma, eje simbólico o vara de medir respecto a otros crímenes implica reconocer que alcanzó unas cotas de intensidad y violencia no equiparables a otros crímenes. Como resume Tony Judt

Con la reorganización post-comunista de la memoria en Europa del Este, el tabú a la hora de comprar el comunismo con el nazismo empieza a tambalearse. De hecho, tanto políticos como investigadores comenzaron a insistir en dichas comparaciones. En Occidente, en cambio, esta yuxtaposición continúa provocando controversias (Judt, 2006: 826).

Estos desajustes y divergencias resultan especialmente problemáticos para la extensión simbólica y la construcción de una memoria que integre tanto a

países occidentales como del este de Europa. Estas cuestiones no reverberan únicamente en las políticas del pasado, también en la historiografía académica. Para diferentes historiadores, la intensidad de la violencia, así como la modalidad en su empleo, legitiman –y en algunos casos fuerzan– dichas comparaciones entre la Shoah y el Holocausto en algunos contextos nacionales que sufrieron la violencia continuada y normalizada de ambos regímenes totalitarios. Aquellos se corresponden con espacio delimitado por Timothy Snyder como «tierras de sangre» (Snyder, 2001): Polonia, Estonia, Letonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania. La apología de una comparación entre ambos crímenes es llevada a las últimas consecuencias por Anne Applebaum (2004) en su estudio sobre el gulag soviético. Al inicio de esta obra argumenta que las únicas razones para evitar un trato similar a la memoria de ambos crímenes de masas radica en la diferente gestión ético-política de sus deudas morales y, por tanto, en cuestiones de naturaleza ideológica.

Estos debates constituyen uno de los principales desafíos de la construcción de una memoria europea a partir de la experiencia de la Shoah. Para profundizar en este problema, en las siguientes páginas analizaremos aquellas lecturas que han destacado la potencialidad de esta memoria transnacional a la hora de rememorar, representar y prevenir procesos alternativos de violencia. Con este fin, recurriremos a categorías que, desde el ámbito disciplinar de los estudios de memoria, se han proyectado para lidiar con este desafío. La «memoria cosmopolita» de Daniel Levy y Natan Sznaider y la «memoria multidireccional» de Michael Rothberg, nos servirán de vectores. El objetivo del artículo es el de presentar las bases de ambas nociones con el fin de destacar, posteriormente, los déficits de la primera y las virtualidades de la segunda a la hora de abordar la construcción de una memoria europea, cementada desde las formas de rememoración del Holocausto judío. Esta serie de objetivos predetermina la estructura del presente artículo. En primera instancia, contextualizaremos el influjo de estos procesos de construcción mnémica transnacionales en el interior de los estudios de memoria. A partir de ahí elaboraremos las bases conceptuales de la interpretación del recuerdo de la Shoah como una memoria cosmopolita. Posteriormente, profundizaremos los déficits y problemas de dicha interpretación para presentar la noción de memoria multidireccional como una potencial solución a los mismos.

«Comunidades mnémicas» más allá del Estado-nación

Desde el momento en que recurrimos al bagaje teórico de los estudios de memoria es preciso establecer una premisa previa, obligados por la naturaleza transnacional de las formas colectivas de rememoración en las que se centra

nuestro estudio. La extensión transnacional de las figuras y símbolos asociados al recuerdo de la Shoah nos lleva a problematizar las bases conceptuales desde las que se teoriza la propia noción de memoria colectiva.

En sus trabajos pioneros, el sociólogo francés Maurice Halbwachs justificaba el recurso a la noción de memoria colectiva a partir de la imposibilidad de dar sentido a la actividad rememorativa de cada individuo, al margen de su contexto social de pertenencia (Halbwachs, 2004). La memoria colectiva desempeña la función de filtro y condicionante social respecto a la memoria autobiográfica de cada miembro del grupo. Todos los sujetos recuerdan gracias y a través de palabras e ideas que tienen su origen en el proceso de socialización. Ahora bien, estas condiciones se articulan en torno a «marcos sociales de memoria» estables, delimitadas espacialmente. Esta noción presupone –criticará Michael Rothberg (2013)– que las memorias colectivas son entidades relativamente homogéneas respecto a sí mismas y heterogéneas y acotadas respecto a otras. Desde sus inicios, los estudios de memoria se asentaron sobre un proceso de «territorialización» de las prácticas mnémicas. Desde aquella posición, se asume que la continuidad y reconstrucción del pasado está esencialmente medida por el lugar desde el que se recuerda. En esta línea, la obra clásica de Pierre Nora culminará esta tendencia a delimitar las prácticas de memoria colectiva en el interior de marcos espaciales (Nora, 2002). No únicamente por reterritorializar la atención de Halbwachs a los grupos sociales. Sino también por hacer del Estado-nación la matriz o enclave de estas formas colectivas de rememoración. Se produce una reificación de la «memoria» como entidad homogénea anclada férreamente a un espacio nacional (Erlil, 2011: 8). Las memorias colectivas –fuentes de un sentido de pertenencia entre sus miembros– se corresponden con los diferentes estados-nación. Funcionan, por tanto, como contenedores de soportes mnémicos, donde hay una separación nítida entre el adentro y el afuera. Es decir, como mónadas claramente distanciadas entre sí.

Ahora bien, la elaboración de una memoria europea transnacional, en los términos establecidos, vuelve estéril a este modelo teórico. Tanto en relación a la comprensión de la configuración de esta memoria, como de su interacción con otras formas de rememoración. Las modificaciones en los procesos de movilidad de personas, culturas y memorias son sintetizadas en un reciente monográfico sobre *memorias transnacionales* por Chiara de Cesari y Anne Rigney, en los siguientes términos: «Comunicación globalizada y compresión espacio-temporal, post-colonialidad, capitalismo transnacional, migración a larga-escala e integración regional» (de Cesari; Rigney, 2014: 2). Dichas transformaciones van a obligar a repensar radicalmente los enclaves y límites de las

memorias colectivas. Aquellas no pueden seguir considerándose atadas a un espacio concreto o a estructuras férreas. Las propias nociones de memoria cosmopolita y multidireccional se hacen eco precisamente de esta nueva situación. Natan Sznajder, por ejemplo, defiende que la propia pre-comprensión de la cultura como enraizada en un marco espacial concreto y delimitado –desde el horizonte histórico de la segunda mitad del siglo XX– es en sí misma una reacción a estos cambios acaecidos en las últimas décadas. En relación a estas transformaciones Astrid Erll (2011) propone la categoría de «travelling memory». Mediante aquella recoge el fenómeno de que las memorias, desde finales del siglo XX a principios del XXI, no se asientan sobre enclaves espaciales. Ya que fluyen a través de redes transnacionales. Esta condición móvil y dinámica de la memoria explica que las categorías que protagonizan este estudio desafíen la conexión inmediata entre memoria, identidad, espacio nacional y –aparejado a este último– frontera. El caso de la memoria de la Shoah constituye un ejemplo paradigmático respecto a la movilidad transnacional de la memoria. Al fin y al cabo, la trayectoria del grupo humano cuyo sufrimiento se ha convertido en el eje de la memoria europea se caracteriza por su condición extraterritorial y diaspórica. En los siguientes términos sintetiza Natan Sznajder la especificidad del pueblo judío en el interior de la cultura europea del siglo XX. «Como figuras particulares [...] se convirtieron en los extranjeros de la Ilustración, todavía viviendo en comunidades cerradas. A la vez, los judíos era el símbolo de lo opuesto a una comunidad: transnacionalidad, ausencia de patria, abstracción» (Sznajder, 2011: 21).

Por este motivo, desde la perspectiva de Levy y Sznajder, a través de esta condición extra-nacional, la víctima judía ha podido convertirse en el representante de las víctimas de los márgenes, de las minorías. «El Holocausto es reafirmado como la piedra de toque de una humanidad de-territorializada y desorientada, a la búsqueda de claridad moral entre incertidumbre constante» (Levy; Sznajder, 2006: 24). Y por tanto, ha servido de catalizador y matriz para construir una memoria transnacional europea. Con el fin de dar cuenta de este proceso, debemos recuperar la interpretación de las formas de rememoración del Holocausto como «memoria cosmopolita» propuesta por Levy y Sznajder. Su optimismo sobre la potencialidad de la memoria de la Shoah para funcionar como paraguas simbólico que abarque otros recuerdos desde un marco común, nos servirá de punto de partida.

El Holocausto como memoria cosmopolita

Dados los rasgos y la condición del pueblo judío en Europa, la naturaleza de los crímenes sufridos por aquellos, y la posterior metabolización cultural y política

de sus recuerdos, la Shoah ha fijado los pilares de una memoria transnacional cuya potencialidad cosmopolita ha sido defendida por varios especialistas en el campo de los estudios de memoria: entre otros, Daniel Levy, Natan Sznajder y Jeffrey Alexander. Este último (2017: 31-96) se plantea cómo pudo un evento histórico concreto convertirse en un símbolo global del sufrimiento humano. Al fin y al cabo, un acontecimiento fechable que fue directamente desgarrador para un conjunto de sujetos ha sido retrospectivamente redefinido como el trauma por excelencia de toda la humanidad. La naturaleza retrospectiva de dicho proceso de inmersión simbólica queda constatada en el momento en que apreciamos que esta expansión de la memoria de la Shoah no ha sido semejante, uniforme ni incólume al paso del tiempo. Durante los primeros años de la postguerra, la memoria de este evento fue marginada en el interior del espacio público. A partir de los años sesenta, parcialmente debido al juicio a Eichmann, esta situación comenzó a cambiar. Ya que la memoria del Holocausto adquirió una mayor vivacidad en Estados Unidos, Alemania e Israel y, a partir de ahí, dado el influjo de aquellos soportes y políticas de memoria, en el resto del mundo. Ahora bien, bajo estas representaciones la víctima del Holocausto se caracterizaba por su pertenencia al pueblo judío, dejando en segundo plano a otras víctimas del mismo, como los gitanos, homosexuales, disidentes políticos... A través de diferentes monumentos, obras literarias y producciones cinematográficas –como *La lista de Schindler*– la memoria judía del Holocausto, que focaliza toda la atención, es descontextualizada, presentando estos crímenes como telón fon fondo del racismo y la intolerancia contemporánea (Levy; Sznajder, 2006: 142). Es precisamente la llamada «americanización» del Holocausto la que más ha atraído la atención como condición en su proceso de universalización. «A través de su americanización, se elimina del Holocausto su referencia exclusiva a una perspectiva europea y se desterritorializa» (Levy; Sznajder, 2006: 153). No ocurrió lo mismo durante aquel período en Europa del Este. En el otro extremo del continente, la representación de la Segunda Guerra Mundial como un conflicto entre el anti-fascismo y el fascismo dejaba en un segundo lugar la experiencia de sufrimiento de los judíos². Esta tendencia a hacer del Holocausto el patrón común de las culturas de memoria europeas en Occidente tuvo su traducción en las políticas educativas de memoria organizadas en Europa a partir del siglo XXI. Requiere mención específica la declaración del Foro Internacional de Estocolmo sobre el Holocausto (2005), apoyada por la UE. Mediante aquella se estableció un programa educativo

2. Las divergencias entre ambas formas de rememoración del Holocausto se aprecian con especial nitidez en el caso alemán, donde cada una de ellas se instanciaba en la República Federal Alemana y la República Democrática Alemana. Ver (Kattago, 2001).

que, tras constatar las cotas irrepitibles de violencia de la Shoah, establece las directrices para diseminar la memoria del mismo tanto a lo largo del espacio como del tiempo.

Precisamente, desde la perspectiva de Sznajder y Levy, a partir de esa ubicuidad de la Shoah en el espacio mnémico contemporáneo es posible justificar su condición de «metáfora-puente» para representar y visibilizar otras historias de victimización. La memoria de la Shoah plantea, por tanto, la posibilidad de trascender lazos de pertenencia étnicos y nacionales, hasta el punto de jugar un rol fundamental en los procesos de rememoración de aquellos que no se habían visto afectados por aquellos eventos. Al fin y al cabo, la expansión transnacional de este conjunto de recuerdos ha sido acompañada por la despersonalización de sus víctimas. La víctima judía de la Shoah se convierte en un símbolo cosmopolita del sufrimiento humano capaz de interactuar con el recuerdo del drama de cualquier pueblo que sufra una violencia indiscriminada. A través de un proceso de abstracción simbólica, abarcan potencialmente a todo hombre y mujer perteneciente a un colectivo que sufra una violencia indiscriminada por parte de otro. Este marco mnémico transnacional se proyecta en espacios históricos concretos a través de un código normativo que se articula mediante el vocabulario de los derechos humanos. Como argumenta Jay Winter (2013: 44), la declaración universal de Derechos Humanos es un documento de memoria, un conjunto de principios cuya configuración depende de las catástrofes históricas que precedieron a su formulación en 1948. Los Derechos Humanos no derivan de un conjunto de principios abstractos, sino de experiencias históricas concretas. A través de su extensión simbólica allende las fronteras nacionales, la memoria de la Shoah construyó las bases de este lenguaje normativo con pretensiones universales (Sznajder, 2011: 4).

Ahora bien, las tensiones entre lo particular y universal subyacen y están presentes a lo largo de este proceso de extensión transnacional. Tanto en lo que se refiere a la expansión de la memoria judía de la Shoah, como a su posterior aplicación a otro contexto. En este sentido, mantienen Levy y Sznajder (2000: 96), las memorias del Holocausto son particulares en relación al pasado, pues acaecieron únicamente sobre víctimas judías, pero universales en relación al futuro. Ya que, una vez extendida transnacionalmente a través de películas, monumentos, conmemoraciones... se asume progresivamente que de crímenes similares podría ser víctima cualquier colectivo. Dadas las políticas de memoria europeas en las últimas décadas, la víctima judía ha terminado representando a las víctimas en general. De ahí su potencialidad para, dadas las mediaciones políticas y culturales de las que fue objeto en las décadas precedentes, generar una narrativa cosmopolita extraterritorial, capaz de extenderse, representar,

prevenir y solidarizarse con el sufrimiento de otros grupos (Levy; Sznajder, 2010: 77). En relación a esta condición preventiva, Levy y Sznajder aluden al término «Kosovocausto» para dar cuenta de las figuras simbólicas asociadas a la Shoah –el lema «Auschwitz Nunca más»– en el ámbito internacional, para reclamar una intervención en la Guerra de los Balcanes como mecanismos de prevención ante crímenes de similar naturaleza. «Auschwitz había sido una vez identificada exclusivamente con los alemanes y los judíos. Durante Kosovo, el Holocausto fue redefinido para los alemanes (y por los alemanes) como una metáfora universal. Más allá de la culpa sobre los crímenes del pasado crece un nuevo sentido de responsabilidad política y militar por el futuro» (Levy; Sznajder, 2006: 167). La naturaleza abstracta del bien y del mal –claramente representada por los agentes históricos envueltos en aquella experiencia– coadyuvaron a la condición extraterritorial de esta memoria cosmopolita. El fruto de la extensión simbólica del Holocausto es la imagen de una víctima desamparada e indefensa que, una vez que ha focalizado la atención de las políticas públicas de memoria, puede ser movilizada en otros contextos. Ahora bien, defienden Levy y Sznajder, dicha expansión no implica la aplicación de una figura de victimización homogeneizadora que soslaye la especificidad propia de otros contextos. «El Holocausto no se ha convertido en un significado totalizar que aplique la misma carga semántica para todos los casos» (Levy; Sznajder: 2000: 96). Al contrario, su proyección estará codificada bajo las mismas tensiones entre lo particular y lo universal que subyace a la generación de esta memoria cosmopolita. Como mantiene Aline Sierp (2017: 3), la creación de una memoria europea transnacional no trae consigo la superación de las formas locales y nacionales de rememoración. El recuerdo de la destrucción de los judíos en Europa ha generado un marco mnémico transnacional focalizado en la figura de una víctima pasiva desprovista de sus rasgos personales que, por su condición abstracta, puede generar solidaridades con historias alternativas de sufrimiento en Europa del Este, los Balcanes...

Competiciones entre memorias

Pese al lugar que ocupa la memoria de la Shoah en el espacio conmemorativo europeo, recientes eventos y estudios críticos han revelado las limitaciones de estas formas de rememoración del pasado. Nuestro objetivo será el de movilizarlos para mostrar las debilidades de esta noción en relación a la elaboración de una memoria transnacional europea. El principal ya fue brevemente reseñado en la introducción de este artículo. Las tensiones y asimetrías aparentemente irreconciliables entre la memoria de la Shoah y la del gulag soviético problematizan la elasticidad simbólica de la víctima del Holocausto para

abarcar memorias heterogéneas. Ya que muchos de los países sometidos a la violencia soviética, donde la memoria del Gulag juega un rol fundamental, son estados miembros de la UE. En este sentido, cabe plantearse si dicha memoria cosmopolita ofrece un marco en el estos recuerdos locales pueden integrarse. Uillian Blacker y Alexander Etkind han concluido que las políticas europeas de la memoria en los últimos quince años más que el rol solidario de la memoria del Holocausto, revelan una competición entre dos historias de victimización por el reconocimiento simbólico (2013: 1-24). Aquel marco mnémico ilustra una tendencia más competitiva que solidaria. Representa a la memoria del Holocausto más como una competidora que como una aliada en el espacio nacional de Europa del Este. Mientras en la declaración de 2005 se establecían políticas educativas para asegurar la pervivencia de la memoria de la Shoah a lo largo del espacio y el tiempo, en el 2008, los líderes de varios países del Este se reunían para promulgar la denominada «declaración de Praga». En base a aquella se reconocían institucionalmente y condenaban los crímenes cometidos por ambos regímenes totalitarios –el nazismo y el estalinismo– en el interior de un marco simbólico que tendría a equipararlos. Frente a estas formas colectivas de rememoración del pasado –selectivas y polémicas– desde la perspectiva de muchos autores, la respuesta desde las políticas mnémicas hegemónicas no ha sido capaz de superar estas asimetrías y tensiones. En su ensayo «Europe's Divided Legacy», Aleida Assmann defiende que «desde el punto de vista de algunos intelectuales occidentales, la emergencia de la memoria del estalinismo era contemplada con un considerable ansiedad e irritación, porque era vista como un desafío a la recuperación y expansión de la memoria del Holocausto» (Assmann, 2013: 30). Más complejas han sido los resultados de las relaciones entre aquellas memorias en los países postcomunistas de Europa del Este. La inclusión en la Unión Europea impelía a participar en aquellas formas de rememoración del Holocausto. Ahora bien, como ha defendido Jelena Subotic en *Yellow Star, Red Star* (2020), la metabolización del Holocausto en este contexto difícilmente ejemplifica y hace justicia a la especificidad de aquellos crímenes. Al contrario, tanto las formas de rememoración de la Shoah como el imaginario simbólico a ellas asociadas ha sido apropiado políticamente para representar los crímenes del comunismo que prefigura a los polacos, lituanos, ucranianos... como víctimas por excelencia. La Shoah es utilizada para rememorar un tipo diferente de sufrimiento a través de un proceso de «identificación narcisista con los judíos» (Plonowska, 2017: 203). Se trata de una memoria tergiversada que eximía a estas sociedades de lidiar con los aspectos más negativos de su propio pasado. Entre ellos, su propia colaboración, participación y complicidad con los crímenes nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

De la misma forma, la mayor parte de ensayos críticos respecto al carácter transnacional de la memoria del Holocausto han detectado las asimetrías y parcialidades de la misma a partir de la investigación sobre su propio proceso histórico de universalización. Al fin y al cabo, Daniel Levy y Natan Sznaider, reconocían que la potencialidad de la memoria de la Shoah como fundamento mnémico de una ética transnacional depende del rol que había ocupado en el espacio público de tres estados: Alemania, Israel y Estados Unidos (Levy; Sznaider: 2006). Aquello que reivindicarán varios críticos es que estos filtros mnémicos en la universalización de la Shoah no hacen sino limitar su potencialidad cosmopolita al intervenir en su codificación los intereses de algunas políticas del pasado nacionales.

En esta línea argumentativa, muchos estudios críticos se han focalizado en el papel mediador de Estados Unidos en la globalización o mundialización del Holocausto que, en algunos casos, servirá de filtro respecto a cómo esta memoria fue recuperada en Europa. Es decir, en el proceso político y cultural de «americanización» del Holocausto (Novick, 1999; Rosendfeld, 1995; Flanzbaum, 1999). A partir de los años setenta, este fenómeno se ha vuelto central en el espacio público del país norteamericano. Las formas a través de las cuales la Shoah ha sido recordada y representada desde el discurso político y la cultura de los EEUU –que Norman Finkelstein denunció como «la industria del Holocausto» (2003)– ha introducido este fenómeno en el interior de una dinámica competitiva por el monopolio simbólico del sufrimiento. De acuerdo con estos autores, las diferentes memorias de victimización en el espacio público sólo pueden interactuar en el interior de una confrontación suma-cero. En este sentido, como plantea Charles Maier, la política de memoria norteamericana es una «competición por sus duelos consagrados. Cada grupo reclama su parte de honor y fondos públicos focalizándose en sus injusticias» (Maier, 1993: 147). En el interior de esta competición, la memoria de la Shoah no lucharía simplemente por su reconocimiento, sino por su primacía respecto a recuerdos alternativos (Novick, 1999: 9). Prueba de ello es el énfasis en la singularidad del Holocausto, y en el sufrimiento hiperbólico e incomparable de las víctimas judías del mismo. En este sentido, en relación al marco teórico que venimos desarrollando, al construir una memoria «americanizada» de la Shoah a partir de aquello que la diferencia respecto a otros crímenes de masas, su potencial cosmopolita sería estéril. Ya que, como consecuencia de su reconocida singularidad, se erigiría un desnivel insalvable respecto a otras experiencias históricas. Pese a que, como recuerda Enzo Traverso (2018: 150), los rasgos de la memoria del judeocidio en Israel y Estados Unidos no pueden simplemente transponerse a Europa, si es cierto que el rol que ésta ha jugado en el continente ha heredado

esta tendencia a convertirse en un mero lugar de duelo público internacional con escasas consecuencias prácticas en lo que se refiere a la prevención y representación de otros conflictos. Tony Judt la definió como mero «un ticket de entrada a la Unión Europea». Y lo que resulta más grave, en algunos casos la metabolización de estos recuerdos por políticas de memoria nacionales han servido de legitimación de acciones conducentes a la producción de más víctimas. Paradigmático, resulta, como recuerda nuevamente Enzo Traverso, el caso del Estado israelí. «El Holocausto por tanto confiere a Israel el estatuto de representante de las víctimas, y lo legitima como redentor. La Tsahal no es ya un ejército de ocupación sino un órgano de auto-defensa de una población amenazada» (Traverso, 2016: 121). La inmersión de estos recuerdos en el interior de una dinámica competitiva la convertiría en una memoria intransitiva; incapaz de ir más allá de sí misma para servir de metáfora-puente y generar redes de solidaridad con otras tragedias colectivas. El judío se erigiría como víctima por excelencia, dentro de una jerarquía simbólica cuya verticalidad volvería estéril la potencialidad cosmopolita de la misma. En resumen, desde la perspectiva crítica movilizada en este apartado, lo que resultaría opaco a las teorías sobre la memoria cosmopolita, serían las parcialidades y asimetrías en los procesos colectivos de memoria, conmemoración y duelo. Por tanto, como mantiene Jie-Hyun Lim, las memorias de victimismo se habrían vuelto más competitivas con la emergencia de una comunidad mnémica transnacional (Lim, 2010: 138).

Universalización y deshistorización: Recordar la historia desde sus víctimas

Las anteriores críticas estaban dirigidas a la incapacidad de la memoria del Holocausto a la hora de desembarazarse de su propia genealogía histórica y de los condicionantes de las memorias nacionales desde las que se construye, para servir de filtro mnémico en otros casos históricos. En el marco mnémico europeo, la memoria de la Shoah continúa girando en torno a una víctima judía cuya asumida singularidad problematiza su rol cosmopolita. Si bien estas críticas localizarán los déficits de la memoria transnacional del Holocausto en los límites en la despersonalización de los rasgos de sus víctimas, los que protagonizan este apartado se focalizarán precisamente en el proceso contrario: en las consecuencias de la abstracción simbólica de la que fue objeto la víctima judía de la Shoah. Aquella implicará, defenderán los autores que recuperamos, una deshistorización de las experiencias en cuestión y generará las mismas disfuncionalidades diagnosticadas en el apartado anterior: la ecuación de unas víctimas respecto a otras en el interior de una lógica competitiva antagonica.

A lo hora de desarrollar y justificar su noción de memoria cosmopolita, Daniel Levy y Natan Sznaider mantienen que aquella se fundamenta sobre la imagen de una víctima desamparada que sufre violencia. Al desenraizarse de sus rasgos históricos concretos, desde aquellas figuras se pueden generar empatías a lo largo de canales simbólicos que trascienden el marco nacional. «La nación privilegiada de ayer ha sido subsumida bajo el poderoso simbolismo de una memoria cosmopolita centrada en la víctima» (Levy; Sznaider, 2002: 91). Ahora bien, el proceso simbólico retrospectivo de despersonalización de los rasgos de esta figura, no solamente la abstrae respecto a sus propias condiciones éticas, culturales, políticas... Sino también respecto a todos los aspectos de sus narrativas y genealogías que impliquen rasgos diferentes a sufrir violencia. La figura sobre la que gira la memoria cosmopolita se caracteriza por su pasividad y absoluta indefensión. Los diferentes sujetos históricos atravesados por esta memoria cosmopolita sólo participan en ella en la medida en que sufren violencia. La rememoración del pasado exclusivamente a través de la mirada de la víctima incorpora varias disfuncionalidades que en última instancia afectan a su potencialidad cosmopolita. Al fin y al cabo, de esta figura se desprende una representación dicotómica del pasado en torno al eje bien/mal; víctima/victimario, que en última instancia genera una moralización del pretérito. Como plantea Judt «la historia y la memoria de la Segunda Guerra Mundial quedaron reducidas a un conocido conjunto de convenciones morales: el Bien contra el mal» (Judt, 2005: 31).

Su consecuencia inmediata es la de dificultar la comprensión histórica de los fenómenos con cuyas deudas morales es preciso lidiar. Es decir, dar lugar «a una visión de la historia en blanco y negro. La pena por los muertos vuelve oscura la representación, y obstaculiza una comprensión histórica que atienda a la complejidad del pasado» (Traverso, 2016: 120). Al fin y al cabo, la comisión de crímenes de masas a lo largo del siglo XX requería no sólo de víctimas desamparadas y verdugos que monopolizaran toda agencia. También implicaban a cómplices, testigos, beneficiarios... un complejo entramado de condiciones humanas, culturales y materiales que el binomio víctima/victimario soslaya. Consecuentemente, «el enfoque exclusivo sobre la memoria de las víctimas corre el riesgo de mutilar la reconstrucción y relectura de un hecho» (Traverso, 2009: 12). El efecto inmediato de esta simplificación y distorsión del pasado es el de deshistorizar las circunstancias de las víctimas. Desde este marco mnémico transnacional, se la prefigura a través de rasgos como la pasividad, el desamparo y la total inocencia. Las víctimas son representadas como meros pacientes de dolor y sufrimiento. «El discurso de victimización tiende a re-objetivar a los sujetos contemporáneos y a privarles de cualquier

tipo de agencia» (Rothberg, 2019: 62). En consecuencia, aquel grupo, etnia o estado-nación que se representa a sí mismo como víctima, corre el riesgo de leer la totalidad de su historia únicamente a partir de su experiencia de victimización. Y, por tanto, a asumir su total inocencia respecto a su potencial culpabilidad derivada de otros crímenes de los que puede ser cómplice o responsable. La representación del propio pasado a través de la victimización del propio colectivo o de otro al que se pretende proteger, puede construir una barrera respecto a la asunción de responsabilidades compartidas. En relación al ya citado caso de la «americanización» del Holocausto, Peter Novick defiende «El discurso [...] sobre la singularidad e incomparabilidad del Holocausto en los Estados Unidos [...] promovió la evasión de la responsabilidad histórica y moral» (Novick, 1999: 279). Jelena Subotic (2020) nos ofrece otro ejemplo muy clarificador respecto a cómo la memoria de la Shoah ha sido metabolizada para garantizar la inocencia de aquellos considerados como sus víctimas. En su estudio sobre la memoria en los Balcanes, detecta una narrativa serbia de victimización que parte de la apropiación del sufrimiento judío de la Shoah, al considerar a las víctimas serbias de los crímenes provocados por los Utasha croatas como parte fundamental del Holocausto. A partir de ahí, la alusión al sufrimiento serbio durante la Segunda Guerra Mundial ha servido en muchas ocasiones para representarse como víctimas, desviando la atención respecto al genocidio de Srebrenica.

En el contexto europeo, décadas después de la Segunda Guerra Mundial, Tony Judt encuentra en los procesos paralelos de victimización la clave de los desequilibrios y los déficits en la asunción colectiva de responsabilidad. Los diferentes procesos nacionales de victimización permitían acallar las responsabilidades y complicidades que derivaban de las acciones de otros países europeos durante el conflicto (Judt, 2009: 168). Por ello, esa narrativa particular de victimización genera opacidades en los diálogos interculturales entre diferentes grupos humanos. Al representarse a sí mismos desde la óptica del sufrimiento y la pasividad, se bloquea cualquier asunción de responsabilidad respecto a las acciones cometidas por parte de ese grupo humano contra otras víctimas. El peligro que deriva de representar a la víctima como sujeto paciente y sufriente, es el de aislar a los diferentes grupos en marcos mnémicos irreconciliables entre sí. Rememorar el pasado solamente en base a la figura de la víctima puede dificultar la empatía y solidaridad con otras historias de sufrimiento. La figura abstracta, ahistórica y despersonalizada de la víctima que sirve de mediadora para la construcción de la memoria cosmopolita del Holocausto puede, en última instancia, lastrar a potencialidad solidaria de la misma.

Memorias multidireccionales

Hasta este momento, hemos presentado tanto las justificaciones como las limitaciones conceptuales de la representación del recuerdo transnacional del Holocausto en términos de «memoria cosmopolita». Teniendo en el horizonte las críticas recogidas en estos dos apartados, a lo largo de este apartado vamos a profundizar sobre la memoria multireccional de Michael Rothberg. A partir de su presentación defenderemos, en el apartado de conclusiones, su potencialidad heurística para justificar la proyección transnacional de ciertas formas sociales de rememoración, ofreciendo nuevas luces ante los problemas anteriormente diagnosticados.

A lo largo de sus trabajos, Rothberg problematiza los argumentos que acusaban las dinámicas competitivas y antagónicas entre la memoria del Holocausto y la de otras historias de victimización. «¿Qué ocurre cuando diferentes historias se enfrentan unas a otras en la esfera pública? ¿El recuerdo de una de ellas borra el de la otra? ¿Debe ocurrir una competición entre memorias? (Rothberg, 2009: 3)». Sin negar que el producto de la contraposición entre memorias heterogéneas en el espacio y en el tiempo pueda ser el de una dinámica competitiva, Rothberg mantiene que la irreductible pluralidad de las funciones que diversos recuerdos pueden desempeñar en el espacio público impide atribuirle necesidad al desencuentro antagónico entre memorias alternativas. La interacción entre marcos sociales de memoria no tiene por qué reducirse a una lucha cero-suma en aras de copar el mayor reconocimiento público. En muchos casos el efecto es precisamente el contrario. «Las dinámicas de la memoria [...] no obedecen una lógica de suma-cero, son en cambio generativas: el conflicto entre memorias produce más, no menos, memoria» (Rothberg, 2019: 122). Esta tesis es el producto de llevar a sus últimas consecuencias las transformaciones transnacionales en los estudios de memoria de las que dimos cuenta en el segundo apartado. Al fin y al cabo, detrás de la aproximación que considera inherente al intercambio entre memorias la lógica competitiva, se encuentra una concepción trasnochada de memoria colectiva susceptible de crítica. La concepción tradicional de la memoria colectiva anclaba los «marcos mnémicos» sobre un espacio concreto, en última instancia coincidente con el estado-nación. Este trasfondo teórico asumía una interconexión inmediata entre memoria, política del pasado, espacio e identidad colectiva. Dado ese marco, no es de extrañar que la comunicación entre memorias colectivas paralelas quedara limitada a su conflicto por el monopolio simbólico. Ahora bien, los cambios históricos reseñados a lo largo del segundo capítulo –entre los que juega un papel considerable la expansión transnacional del Holocausto– inhabilitan dichos presupuestos. En este sentido, el enfoque multidireccional

de Rothberg altera radicalmente las premisas en torno a la construcción y delimitación de memorias colectivas. Aquellas no se elaboran únicamente desde un espacio cerrado y homogéneo, desde marcos uniformes que las políticas conmemorativas de un estado puedan diseñar. Al contrario, es en el interior de un espacio público global e interconectado donde se modulan los contenidos y funciones de cada una de ellas. A través de las transferencias y negociaciones constantes que en ningún caso puede reducirse a una dinámica antagónica entre memorias contrapuestas. «el contenido de una memoria no tiene significado intrínseco sino que toma su significado precisamente en relación con otras memorias dentro de un sistema de asociaciones» (Rothberg, 2009: 16). Tomemos un ejemplo. Recordemos que, desde la crítica de Novick y otros autores, la explotación de la memoria de la Shoah en Estados Unidos escondía la tentativa de eludir las propias responsabilidades derivadas de otras historias de violencia. Desde la perspectiva de estos autores, la memoria del Holocausto conduciría, por contraposición, a la invisibilización de víctimas de diferente naturaleza. Las reivindicaciones por el reconocimiento de aquellas no tendrían más remedio que articularse en oposición a la memoria «americanizada» de la Shoah. Los marcos mnémicos alternativos serían, por tanto, unidades atómicas que se encuentran en el interior de un espacio público internacional, ya dado. Y que luchan por hacer llegar más lejos a su voz que otras. En el caso de las víctimas supuestamente marginadas por la rememoración de la Shoah, se trataría de reivindicar su similar condición de víctimas y, desde ese nivel, reclamar un espacio conmemorativo similar al de su competidora. El objetivo sería el de visibilizar su sufrimiento para contrarrestar las asimetrías de los marcos transnacionales de memoria. Ahora bien, para ello habría que extirpar a los sujetos en cuestión de todos sus rasgos históricos accesorios al hecho de haber sufrido violencia. De ahí que los modelos teóricos que conceptualizan las dinámicas competitivas entre historias alternativas siguen descansando sobre otro presupuesto igualmente problemático: la lectura del pasado únicamente focalizada en las víctimas en tanto víctimas. Esta representación, como establecimos, soslaya las condiciones históricas cuya consideración es necesaria para la comprensión de los hechos y gestión ético-política de sus deudas históricas. De ahí la necesidad de cuestionar aquellos modelos que «subsumen diferentes historias bajo una lógica de equiparación o que contraponen unas víctimas a otras en el interior de una lógica antagónica de competición» (Rothberg, 2019: 124).

De la misma manera, el modelo de la «competición entre memorias» adolece de problemas a la hora de definir y justificar el espacio mnémico internacional en el cual las memorias nacionales vendrían a competir. Es decir,

estas propuestas soslayan el hecho de que, en muchos contextos, el significado de una víctima no depende de un marco espacial delimitado, sino de su interacción, transferencias y negociaciones con otras historias de sufrimiento. Tampoco está dado el espacio mnémico internacional que dichas memorias nacionales vendrían a intentar ocupar. Al contrario, se construye desde el interior de las interacciones entre aquellas.

Un problema significativo con el modelo de la «memoria competitiva» es que asume que tanto el espacio de la competición, la esfera pública, y los sujetos de competición están ya dados. El modelo de la «memoria multidireccional», por el contrario, supone que la interrelación e interferencias de memorias ayudan a construir la esfera pública, así como los sujetos individuales y colectivos que se articulan en aquella (Rothberg, 2009: 202).

Ahora bien, los ecos y redes de solidaridades entre memorias alternativas que capta la noción de Rothberg difieren estructuralmente respecto a las que apprehendía la categoría de Daniel Levy y Natan Sznaider. Es aquí donde podemos apreciar la especificidad de la memoria multidireccional respecto a la cosmopolita. No se trata de que una memoria, por su condición hegemónica, constituya la base de un marco transnacional en torno a una figura abstracta respecto a la que sujetos históricos particulares pueden considerarse instancias y, por ello, retroalimentarse de esas redes transnacionales. Desde el punto de vista de Rothberg, el modelo cosmopolita opera a través de la deshistorización y la descontextualización de la memoria de la Shoah. Dicha aproximación depende de marcos normativos cuya aplicación transnacional exige abstraer las condiciones históricas de cada uno de los casos. Frente a ello, la memoria multidireccional no opera a través de la globalización del Holocausto para aplicar sus marcos mnémicos a otros conflictos. Sino más bien a través de las relaciones simbólicas concretas entre la memoria de la Shoah y la de cada uno de los contextos específicos con los que puede crear redes de solidaridad.

En contraste con aquellos que defienden o critican la universalización del Holocausto, he argumentado que la circulación transnacional del Holocausto se entiende mayor como un aspecto de la memoria multidireccional [...] Pese a subrayar, la universalidad, globalización y el cosmopolitanismo, estos críticos narran la historia de la memoria del Holocausto únicamente desde la perspectiva de cambios supuestamente autónomos en los significados del Holocausto. Ellos consecuentemente soslayan el rol activo que otras historias y memorias han jugado a la hora de estimular muchos de esos cambios (Rothberg, 2009: 265).

Para Rothberg, no se trata únicamente de que el Holocausto haya permitido la articulación de otras historias de victimización. También la memoria pública transnacional de la Shoah ha sido modificada en función del rol que jugaban

sus memorias, relatos e imágenes en otros contextos. Las dinámicas entre memorias son recíprocas. En ningún caso están mediadas por una figura abstracta y homogénea de víctima que ocuya todas sus particularidades históricas.

Conclusiones

Al final de su monumental historia sobre la segunda mitad del siglo XX, el historiador Tony Judt realiza una recensión en torno a las diferentes formas de rememoración de dichos eventos. Desde su punto de vista, las narrativas dicotómicas proyectadas desde cada uno de los marcos nacionales han trabado la construcción de una memoria europea allende las asimetrías producidas por la interacción de dichos espacios mnémicos (Judt, 2005: 829). De aquellas derivaban unos códigos morales cuyo fundamento y acicate eran las memorias de las víctimas; girando en torno a una figura abstracta que genera compasión y empatía, pero, a su vez, una visión del pasado en blanco y negro –en torno a víctimas y verdugos– que esconde las asimetrías de las historias y procesos rememorativos nacionales. Al fin y al cabo, las diferencias respecto a qué grupo instancia cada una de estas figuras generan enormes asimetrías en las formas de rememoración del pasado y en la construcción de identidades de cada uno de los estados miembros de la UE. «Ahora que las víctimas son reconocidas como los verdaderos héroes del pasado, los agentes de la historia tienen que transformarse a sí mismos en víctimas para ocupar su lugar en las representaciones colectivas» (Traverso, 2016: 120). El binomio víctima/verdugo ha servido en muchos contextos para exonerar de las propias responsabilidades políticas, haciendo recaer la agencia de los crímenes cometidos en otro sujeto colectivo. Así, la lectura moralizada de la historia en término de víctimas y verdugos impide la comprensión de los complejos matices de los eventos históricos, así como la ponderación de las deudas y deberes ético-políticos de aquellas derivadas. La propia noción de memoria cosmopolita, tal y como la desarrollan Levy y Sznajder, arrastra algunas de estas dicotomías. Al fin y al cabo, a lo largo del proceso simbólico a través del cual el Holocausto sentó los pilares de una memoria cosmopolita se proyecta una distinción drástica entre víctimas inocentes y verdugos. «En la conciencia sobre las víctimas derivada del Holocausto hay una división esencial entre víctimas inocentes y malvados perpetradores» (Levy; Sznajder, 2006: 40). Ahora bien, esta distinción sin matices resulta especialmente problemática para la historiografía, las formas sociales de rememoración y la propia construcción de identidades colectivas. No sólo por preterir el rol de los «espectadores» o la zona gris. Sino también por dejar de lado otra red de complejos roles (beneficiarios, cómplices, descendientes y otras figuras vinculadas indirectamente a la transmisión intergeneracional de la violencia) sin las que no es posible lidiar con

el desarrollo diacrónico de legados de este tipo. Es precisamente en este punto donde el estudio de Rothberg revela todas sus virtualidades. Al fin y al cabo, las transferencias entre diferentes «memorias multidireccionales» no están, en ningún caso, mediadas por una figura abstracta y homogénea de víctima que ocluye sus particularidades históricas. Al contrario, la multidireccionalidad de cada una de ellas respeta tanto la heterogeneidad de las relaciones simbólicas entre aquellas como la especificidad de sus rasgos históricos. Así, su relación con su propia historia de violencia no se adoptará a un esquema dicotómico: víctima/verdugo. De ahí que, para dar cuenta de esta pluralidad de funciones, Rothberg complementa su aproximación, en su última obra, mediante la figura del «sujeto implicado». Esta se define no como una víctima ni como un verdugo, sino como un engranaje fundamental en las estructuras sociales desde las que se generan las posiciones de víctima y verdugo (Rothberg, 2019: 4). Asumiendo que la violencia masiva desplegada en la pasada centuria no se puede explicar sin el apoyo, indiferencia o complicidad de una pluralidad de sujetos, esta categoría aporta luz sobre cómo se implementaron dichas formas de violencia y qué conexiones se producen, diacrónica y sincrónicamente, entre historias y memorias alternativas. A través de esta figura, las zonas grises pueden iluminar tanto la rememoración de los procesos de violencia, como su perpetuación en el tiempo. El «sujeto implicado» permite introducir la complejidad de los eventos históricos en unas narrativas mnémicas dicotómicas cuyos efectos negativos en la construcción de una memoria europea han sido señalados hasta ahora. Como sintetiza Rothberg: «Poner en el primer plano la implicación, en lugar de la victimización o perpetración, nos permite enfatizar la interconexión dinámica entre subjetividad, desigualdad estructural y violencia histórica; complementar las adscripciones morales absolutas con una representación más ajustada del poder» (Rothberg, 2019: 35).

En definitiva, las formas eclécticas y heterogéneas, a través de las cuales operan las memorias multidireccionales y se relacionan los «sujetos implicados», no rebajan la complejidad de los eventos históricos en narrativas dicotómicas. Al contrario, son capaces de reintroducirlas en marcos mnémicos particulares para problematizar la delimitación de responsabilidades, tanto sincrónica como diacrónicamente. Las memorias alternativas y heterogéneas, tal y como son estudiadas desde las categorías de Rothberg, no necesariamente tienen que tergiversar o moralizar los hechos históricos. Al contrario, pueden asumir, a través del intercambio y negociación entre memorias alternativas, la complejidad de los acontecimientos que no se dejan abstraer a narrativas sin grises entre el bien y el mal, «nosotros» y «ellos, víctimas y victimarios. A través de las interacciones y transferencias entre memorias heterogéneas, es posible

detectar «estrechos patrones en la circulación e intercambio de narrativas en el espacio cultural europeo» (Rigney, 2014: 354) capaces de trascender las incompatibilidades entre los relatos nacionales de los estados y coadyuvar a una comunidad mnémica europea transnacional.

Bibliografía

- ALEXANDER, Jeffrey (2017). *Trauma. A social Theory*. Cambridge: Polity.
- APPLEBAUM, Anne (2004). *Gulag: A History of Soviet Camps*. Penguin: London.
- BLACKER, Uilliean; ETKIND, Alexander; FEDOR, Julie (Eds.) (2013). *Memory and theory in Eastern Europe*. Palgrave Macmillian: Hampsire. <https://doi.org/10.1057/9781137322067>
- DE CESARI, Chiara; RIGNEY, Ann (Eds) (2014). *Transnational Memory: Circulation, Articulation, Scales*. Media and Cultural Memory, De Gruyter: Berlin. <https://doi.org/10.1515/9783110359107>
- DINER, Dan (2006). *Beyond the Conceivable: Studies on Germany, Nazism, and the Holocaust*. Berkeley: University of California Press.
- ERLL, Astrid (2011). Travelling Memory, *Parallax*, 17: 4, 4-18. <https://doi.org/10.1080/13534645.2011.605570>
- FINKELSTEIN, Norman G (2003). *The Holocaust Industry. Reflections on the Exploitation of Jewish Suffering*. Verso: New York.
- FLANZBAUM, Hilene (Ed) (1999). *The Americanization of the Holocaust*. John Hopkins University Press: Baltimore. <https://doi.org/10.1080/14623529908413937>
- HALBWACHS, Maurice (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- HOBSBAWM, Eric (2011). *Historia del siglo XX: 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- HUYSEN, Andreas (2001). *En busca del futuro perdido*. FCE: México.
- JUDT, Tony (2005). *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Taurus: Barcelona.
- JUDT, Tony (200). The Past is another country: myth and memory in post-war Europe. En MÜLLER, Jan-Werner (ed.), *Memory and Power in Post-War Europe* (157-183). Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511491580.008>
- KATTAGO, Siobhan (2001). *Ambiguous Memory: The Nazi Past and German National Identity*. Praeger: Westport.
- KARLSSON, Klas-Göran (2010). The Uses of History and the Third Wave of Europeanisation. En PAKIER, Malgorzata; STRATH, Bo (eds.), *A European Memory?* (38-55). Berhahn Books: New York.
- LEVY, Daniel; SZNAIDER, Nathan (2000). Memory Unbound: The Holocaust and the Formation of the Cosmopolitan Memory. *European Journal of Social Theory*, 1, 87-106. <https://doi.org/10.1177/1368431002005001002>

- LEVY, Daniel; SZNAIDER, Nathan (2006). *The Holocaust and Memory in the Global Age*. Temple University Press: Philadelphia.
- LEVY, Daniel; SZNAIDER, Nathan (2010). *Memory and Human Rights*. Pen State University Press: Pensilvania.
- LIM, Jie-Hyun. Victimhood Nationalism in Contested Memories: National Mourning and Global Accountability. En ASSMANN, Aleida; CONRAD, Sebastian (Eds.), *Memory in a Global Age. Discourses, Practices and Trajectories* (138-162). Palgrave Macmillian: Hampshire. https://doi.org/10.1057/9780230283367_8
- MACDONALD, Sharon (2013). *Memorylands. Heritage and Identity Today*, Routledge: New York. <https://doi.org/10.4324/9780203553336>
- MAIER, Charles (1993). A Surfeit of Memory? Reflections on History, Melancholy and Denial. *History & Memory*, Fall-Winter.
- NORA, Pierre (1984, 1993, 2002). *Les lieux de mémoire*, Vols I, II, III, Paris, Gallimard.
- NOVICK, Peter (1999). *The Holocaust in American Life*, Mariner Books, Boston – New York.
- PLONOWSKA, Ewa (2007). Melancholic Nationalism and the Pathologies of Commemorating the Holocaust in Poland. En GLOWACKA, Dorota; ZYLINSKA, Hoanna, *Imaginary Neighbors: Mediating Polish-Jewish Relations after the Holocaust* (301-326). University of Nebraska Press: Lincoln.
- RIGNEY, ANN (2014). Ongoing: Changing Memory and the European Project. En DE CESARI, Chiara; RIGNEY, Ann (Eds) (2014). *Transnational Memory: Circulation, Articulation, Scales. Media and Cultural Memory* (339-360). De Gruyter: Berlin. <https://doi.org/10.1515/9783110359107.339>
- RODRIGO, Javier (2017). *Una historia de la violencia. Historiografía del terror en la Europa del siglo XX*, Anthropos, Barcelona.
- ROSENDFELD, Alvin (1995). The Americanization of the Holocaust, *Commentary* 99, 6, 35-40.
- ROTHBERG, Michael (2009). *Multidirectional Memory. Remembering the Holocaust in the Age of Decolonization*. Stanford University Press: Stanford.
- ROTHBERG, Michael (2019). *The Implicated Subject. Beyond Victims and Perpetrators*. Stanford University Press: Stanford.
- ROTHBERG, Michael (2013). Between Paris and Warsaw: Multidirectional Memory, Ethics, and Historical Responsibility. En BLACKER, Uilleann, ETKIND, Alexander; FEDOR, Julie (eds.), *Memory and Theory in Eastern Europe* (81-102). Hampsire: Palgrave Macmillian. https://doi.org/10.1057/9781137322067_5
- SIERP, Aline (2017). *History, Memory, and Trans-European Identity. Unifying Divisions*. Routledge: New York.
- SUBOTIC, Jelena (2020). *Yellow Star, Red Star. Holocaust Remembrance After Communism*. Cornell University Press: Ithaca. <https://doi.org/10.7591/cornell/9781501742408.001.0001>

- SULEIMAN, Rubin Susan (2012). *Crises of memory and the Second World War*. Cambridge: Harvard University Press.
- SZNAIDER, Natan (2011). *Jewish Memory and the Cosmopolitan Order*, Polity Press: Cambridge.
- SNAYDER, Timothy (2011). *Bloodlands. Europe between Hitler and Stalin*. London: Vintage.
- TRAVERSO, Enzo (2009). *A Sangre y Fuego: De la guerra civil europea*. PUV: Valencia.
- TRAVERSO, Enzo (2016). *The end of Jewish Modernity*. PlutoPress: London. <https://doi.org/10.2307/j.ctt1ddr6dr>
- TRAVERSO, Enzo (2018). *Critique of Modern Barbarism. Essays on fascism, anti-Semitism and the use of history*. Amsterdam: IIRE.
- WINTER, Jay (2013). Human Rights and European Remembrance. En BLACKER, Uilleán, ETKIND, Alexander; FEDOR, Julie (eds.), *Memory and Theory in Eastern Europe* (43-58). Hampshire: Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1057/9781137322067_3